



**Discurso inauguración Año Académico 2017 de la Facultad de Ciencias Sociales (FACSO)
de la Universidad Central de Chile 20 de abril- 2017**

Desafíos y perspectivas de la Facultad de Ciencias Sociales en el Chile Actual

Luis Eduardo Thayer, investigador y académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central.

Primero que nada quiero agradecer a la decana haberme invitado a hablar en esta inauguración y por haberme dado la oportunidad de plantear algunos puntos para discutir y reflexionar en torno a nuestra Facultad. Quiero aprovechar también de celebrar públicamente también el interés que ha puesto en vincular nuestro quehacer de investigadores con el de la Facultad. En los próximos minutos voy a referirme brevemente a lo que pienso son tres de desafíos centrales que enfrentamos como hoy Facultad. Los tres tienen que ver con nuestro quehacer cotidiano.

1. Hacernos responsables de nosotros mismos.

Lo primero que pensé cuando la decana me propuso tomar la palabra en esta ceremonia fue decir que no. No solo por el riesgo que supone para un recién llegado exponerse de esta manera, sino también por considerarlo totalmente inmerecido e injusto con el resto de ustedes. Sin embargo, al darle una vuelta decidí aceptar justamente por esto último, porque entendí que todos lo merecemos de igual manera, y cuando digo todos me refiero a cada una de las personas contribuyen con su labor a que esta facultad exista. Pienso que cualquiera de nosotros tendría que tener la oportunidad de estar aquí y asumir la responsabilidad de exponer su mirada de esta facultad en esta ceremonia, y asumir el riesgo que ello implica.



Acepté en definitiva porque soy uno más y podría ser cualquier otro. Cualquiera de ustedes como yo lo estoy haciendo ahora, tendría que poder hacerse responsable de decir algo sobre esta Facultad que construimos cotidianamente. Ojalá en el futuro esta ceremonia formal sirva también para abrir discusiones sustantivas sobre nuestro quehacer colectivo.

Y es que esta Facultad no es otra cosa que un grupo de personas que día a día decide el sentido quiere darle a su existencia colectiva. Dicho de otra manera lo que hacemos y decimos día a día es lo que esta Facultad es. Ni más ni menos. Esto implica que somos responsables de esta Facultad y lo que resulte al final del día, va a ser la Facultad que nosotros hayamos construido.

Si ustedes estudiantes no abren los libros está será una facultad mediocre, si no se organizan en centros de estudiantes y federaciones, será una facultad sumisa, poco democrática e irresponsable de sí misma. Si nosotros, académicos no actualizamos nuestros programas, ni abrimos nuestros contenidos a nuevas preguntas, está será una Facultad limitada a la transmisión de un saber ya consumado, pero incapaz de producir un conocimiento nuevo y desafiante, si no abrimos nuevas preguntas y líneas de investigación esta será una facultad con capacidad para describir al mundo pero incapaz de comprenderlo y mucho menos de incidir en él.

Si las autoridades, por su parte, no garantizan las condiciones para que estudiantes y académicos podamos desarrollar nuevas iniciativas, nuevos proyectos y nuevas formas de producir el conocimiento, esta será una Facultad estática, funcional y plana -como son la mayoría de las facultades de ciencias sociales de las universidades privadas, hay que decirlo-. Si las funcionarias de esta Facultad no realizaran su trabajo con el compromiso con que lo hacen, nada de lo que quisiéramos hacer y ser, sería posible, o costaría muchísimo más hacerlo. Por cierto, ya quisiera yo la dedicación y el compromiso de las funcionarias administrativas de esta facultad, al interior de mi sala de clases.

La responsabilidad que tenemos por lo tanto no es menor. La forma en que asumamos el desafío de hacernos responsables de nosotros mismos, es lo que va a determinar si esta es una facultad al final del día, solo cumple con su función instrumental de producir profesionales para su inserción



en el mercado de trabajo, o además contribuye a la formación de profesionales críticos y comprometidos con la sociedad, pero capaces de tensionarla desde el lugar de privilegio que ocupan.

Y es que el ejercicio de hacernos responsables de nosotros mismos implica antes que nada, asumir la posición de privilegio que ocupamos, e inmediatamente después, hacer lo posible por tratar de estar a la altura de esa posición de privilegio. ¿Qué quiero decir con esto? Lo voy a explicar con un ejemplo:

Cuando oigo a alguno de mis estudiantes decir que considera que leer a Marx, a Weber, a Mead o incluso a Foucault, es una pérdida de tiempo porque “no le sirve para nada”, o porque lo realmente importante es estar en la calle trabajando con la gente que lo necesita, por una parte me alegro, porque veo ahí una notable vocación por hacerse responsable de la sociedad y del entorno.

Pero al mismo tiempo siento una profunda decepción porque veo también una enorme estrechez de mente, que se cierra a entender las condiciones que generan la desigualdad; los procesos de formación de la personalidad o las dinámicas reproducción de la burocracia y el poder. Pero sobre todo veo una tremenda irresponsabilidad con el lugar de privilegio que les ha tocado ocupar, y un total desprecio por las condiciones que han hecho posible.

Cuando veo a mis estudiantes en esa posición de soberbia y exaltación de la ignorancia, pienso por deformación profesional, en los migrantes haitianos con los que trabajo habitualmente, que sobreviven cargando sacos de papas en el terminal de Lo Valledor o acarreando escombros en la construcción de algún edificio, a pesar de haber tenido el privilegio de iniciar una carrera en la Universidad Estatal de Haití, y la mala fortuna de no haberla podido terminar por necesidad. Y pienso en los esfuerzos que hacen y las humillaciones a las se someten, por la voluntad de alcanzar la posibilidad de estudiar una carrera como las que se dictan en esta facultad, para tener un título válido en este país.



A ratos pienso también en una amiga y ex compañera de curso que tuve en la carrera de sociología de la Universidad Arcis donde me formé. Ella en tercer año se vio obligada a dejar la carrera porque tuvo que empezar a trabajar para mantener a su hija, porque el padre de la criatura, otro compañero que sí terminó la carrera, no se hizo cargo del cuidado de su hija. Mi amiga hoy trabaja en el negocio de un familiar, y es muy feliz, pero cada tanto me confiesa que daría cualquier cosa por poder retomar los estudios y saldar la deuda que siente que tienen con de Bourdieu.

Despreciar el conocimiento como he visto que se lo desprecia aquí, implica ser irresponsable con la posición de privilegio que nos ha tocado ocupar, y subrayo que nos ha tocado, porque si ocupamos esa posición de privilegio (me incluyo totalmente en esto) es en una parte (la menor) por nuestros méritos, y en otra parte (la mayor) por nuestra suerte. Nos tocó, y ahora nos toca hacernos responsables de esa suerte.

Mi amiga al igual que la gran mayoría de los haitianos a los que aludí, darían mucho por estar en la posición de privilegio en la que están ustedes ahora estimados estudiantes.

Hacernos responsables nosotros mismos implica entender que para mirar el mundo de frente debemos asumir, también de frente, nuestra posición de privilegio y de poder. Si no asumimos la responsabilidad que implica tener ese poder que nos han entregado, no solo estaremos siendo irresponsables sino además tremendamente cobardes. Abrir sus libros y su cabeza, para tratar de entender las condiciones de producción del mundo, que entre otras cosas, explican porque nosotros podemos estar aquí mientras que otros no puedan hacerlo, es un mínimo de responsabilidad con nosotros mismos, de valentía frente a nuestra realidad y de respeto por los otros. Y lo subrayo: un mínimo.

La pregunta que debemos hacernos ahora pienso que es ¿Cómo usamos nuestra posición de privilegio?, ¿Qué vamos a hacer y a decir desde nuestra lugar de poder? Creo que esta pregunta nos pone, como Facultad, frente a un dilema central: O somos una Facultad que cumple con las expectativas de la mayoría de las familias y estudiantes que entran, a la mayoría de las universidades de este país, estos es, nos dedicamos a preparar a los estudiantes para



desenvolverse exitosamente en sus profesiones, idealmente con buenos sueldos y trabajos estables. O bien, buscamos superar esa expectativa y hacer algo más consistente con nuestro potencial para producir un conocimiento que permita entender el mundo, y pueda transformar las condiciones de vida que nos ofrece.

En definitiva el dilema consiste en definir si esta Facultad se va a dedicar a producir soldados para el mercado, o va a asumir la responsabilidad de formar sujetos capaces de transformarse en actores sociales que puedan incidir en reconstruir su entorno. Esto nos deja frente al segundo desafío que creo que enfrentamos como Facultad. Hacernos responsable de nuestro entorno.

2. Hacernos responsables de nuestro entorno.

Hace un tiempo mi hija mayor de 10 años, me preguntó si me gustaría ser científico, yo le respondí, orgulloso de mi profesión que lo era, y le subrayé que los sociólogos somos científicos. Ella me miró un poco incrédula y con un poco de lástima me dijo: *“No!, pero de los científicos de verdad de esos que trabajan en los laboratorios, usan bata blanca, hacen experimentos con materiales y descubren cosas”*. Yo entonces le respondí que aunque no trabajaba en un laboratorio, ni usaba bata blanca, ni hacía experimentos con materiales, me dedicaba, al igual que los científicos “de verdad”, a hacer preguntas para descubrir cosas. Y le expliqué que a diferencia de esos científicos de laboratorio yo no investigaba ni la materia, ni los elementos, ni los organismos sino que estudiaba algo mucho más complejo: a las personas viviendo juntas.

Como no entendió bien qué era exactamente eso le dije que mis colegas y yo estudiábamos por ejemplo, las desigualdades sociales, la violencia en contra de las mujeres, el rechazo hacia los migrantes, los problemas en el sistema educativo, la soledad en el envejecimiento, la precariedad en el trabajo, el desorden en las ciudades, etc. Después de un rato en silencio me quedó mirando y me dijo, *“papá por eso a mí me gustaría ser de los científicos de verdad, porque si tú estudias todas esas cosas después tienes que tratar arreglarlas, y eso es demasiado trabajo para mí”*. Su respuesta me recordó inmediatamente la decimoprimera tesis sobre Feuerbach enunciada por



Marx donde señala que: *“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”*.

Más allá de la imprecisión de que los científicos sociales no somos filósofos, ni nos dedicamos a arreglar las realidades que investigamos, en la preocupación de mi hija, igual que en la sentencia de Marx está expresada una tensión que debiera quitarnos el sueño: la tensión entre nuestro quehacer (lo que decimos y hacemos, día a día) y el devenir de la sociedad en la que vivimos. Y debiera quitarnos el sueño, porque si no tensionamos nuestro quehacer con lo que ocurre allá afuera, lo que hacemos y decimos y hacemos desde esta Facultad va a carecer de importancia.

No quiero plantear con esto que todo lo que hagamos debe tener que apuntar a resolver algún problema social, tampoco que asumamos como objetivo único de nuestro trabajo los propósitos concretos de la intervención social, y mucho menos que debamos dejar que las instituciones del Estado definan nuestras preguntas. Hacernos responsables del entorno no significa en ningún caso ocuparnos de atender las necesidades urgentes de la sociedad y dejar de lado nuestra labor en la producción autónoma, libre y creativa del conocimiento, hacernos cargo de nuestro entorno significa entender que nuestra labor es esencialmente política.

Y es política en dos sentidos. Primero, porque no podemos ser neutrales frente al mundo. Si pretendemos omitir nuestra posición frente a la sociedad apelando a la supuesta objetividad del conocimiento, entonces estamos tomando partido por el orden de las cosas del que formamos parte. Y a la vez estamos avalando las relaciones de poder que lo sostienen. Y que nos ponen ciertamente, en la posición de privilegio en la que estamos.

El segundo motivo por el que nuestra actividad es política, se deriva de esto y tiene que ver con que todo que hacemos y lo que decimos como profesionales o científicos en formación, tiene consecuencias para las relaciones de poder que organizan nuestras relaciones sociales. Lo que hagamos o digamos como estudiantes o académicos desde esta facultad va a redundar en las relaciones de poder existentes. Nos relacionamos necesariamente con el poder, enfrentándolo o ratificándolo desde el conocimiento que producimos.



En resumen, hacernos responsables de nuestro entorno implica asumir que no podemos obviar nuestra posición frente al orden de las cosas y a las relaciones de poder imperantes. Nuestra labor cotidiana viene de esa realidad que está allá afuera y repercute en ella, por acción o por omisión. Si ignoramos esta tensión, nuestro trabajo no solo va a ser un trabajo irresponsable con la sociedad sino también, sus resultados serán poco significativos: nuestras tesis, ensayos, artículos o relatos van a servir como mucho, para acumular polvo en la biblioteca de la facultad o para llenar las actas de notas de fin de semestre. Lo que es, digámoslo, bien poco.

El problema central que creo que enfrentamos aquí es que nuestros incentivos como académicos, estudiantes, autoridades y funcionarios están puestos justamente en aquellos resultados que nos apartan de la sociedad: nuestras notas, nuestros artículos, nuestros planes de calidad, nuestras cuotas de matrícula, etcétera, son objetivos necesarios pero que por sí mismos tienen bien poco sentido, y son completamente insuficientes para proyectar esta Facultad hacia la sociedad.

En este sentido el desafío de hacernos responsables de nuestro entorno, nos conduce a la pregunta por el sentido de lo que hacemos en relación a la sociedad en la que vivimos. La forma en que respondamos esta pregunta va a definir primero si tenemos algún sentido, y segundo cuál es ese sentido.

Ya que me han pedido estar aquí hoy, voy a decir el sentido que me parece debe tener nuestra labor respecto de nuestra sociedad. Una vez cumplidos nuestros compromisos formales de desempeño, creo que debemos mirar cómo es que el contenido de nuestro trabajo puede hacer frente a las condiciones que reproducen la exclusión social, el desprecio por la diferencia, las enormes desigualdades sociales de las que formamos parte, la violencia en contra de los niños, el olvido de nuestros ancianos, o la naturalización de unas relaciones de género que castigan severamente a la mujer. Por decir algunas cosas. Creo que tenemos que ser capaces de producir un conocimiento que nos conduzca en dirección de confrontar esas realidades y las condiciones que las hacen posible.



Creo en definitiva que el desafío de hacernos cargo de nuestro entorno nos debe permitir salir de la comodidad de nuestros compromisos formales e ir más allá de la burocratización de nuestra labor. Debiéramos contribuir a que esta sociedad avance hacia una mejor democracia, hacia una igualdad real, hacia el respeto por las diferencias, hacia la justicia y hacia un mayor compromiso con el dolor de nuestros pares. Creo que esta Facultad puede y debe jugarse por completo en esa dirección.

El poco tiempo que llevo en esta institución pero los muchos años de trabajo que tengo en otras universidades, me hacen ser pesimista y me llevan a temer que terminemos burocratizando nuestra labor, y conformándonos con cumplir a fin de año con los compromisos formales de rendimiento y productividad que se nos exige, como ocurre en la mayoría de las instituciones académicas de este país.

Si nos quedamos estancados en el cumplimiento de esos objetivos formales, no solo no nos estaremos haciendo responsables de nuestro entorno, sino además estaremos consagrando nuestra actividad a la total irrelevancia.

Finalmente, el tercer y último desafío que pienso nos tensiona, no tiene que ver con el entorno sino con algo que pasa adentro de la facultad: específicamente con nuestra capacidad para escucharnos y reconocernos como parte de lo mismo.

C. Escucharnos y reconocernos

En esta facultad convivimos personas con intereses, voluntades, y formaciones profesionales y disciplinarias distintas, y cumplimos además funciones distintas dentro de ella. Nos encontramos todos los días absortos en nuestras labores orientadas por objetivos propios, y tendemos a olvidar que cada cosa que hacemos es perfectamente complementaria con las labores de las otras personas de la Facultad.



En este contexto de ensimismamiento creo que resulta pertinente preguntarnos ¿Cómo hacer para escucharnos y reconocernos?, o más bien escucharnos para re-conocernos. Es decir, para volver a conocernos mirando al otro, pero sobre todo mirándonos en ese otro.

Cómo podemos, por ejemplo desde nuestra posición de académicos vernos y reconocernos en nuestros estudiantes; o nuestras autoridades como pueden conocerse mirando y escuchando a las funcionarias, viceversa. Cómo podemos vernos a nosotros mismos como sociólogos en el quehacer de nuestros colegas psicólogos, o como trabajadores sociales en el quehacer de nuestros estudiantes. Y así sucesivamente.

En este desafío creo que las tareas que tenemos por delante son dos. La primera nos compete principalmente a los académicos, y se deriva de la interpelación de nos hizo Wallerstein a “abrir las ciencias sociales”. Y la segunda, con lo que voy a terminar, que nos compete a todos, tiene que ver con la democratización de la Facultad y de nuestro quehacer.

Para abrir las ciencias sociales tenemos que potenciar nuestra capacidad, de abrir espacios para socializar y tensionar nuestros enfoques teóricos, nuestros aprendizajes, nuestras prácticas pedagógicas, y nuestro conocimiento acumulado, desde el *quehacer* de nuestros vecinos de escuela. Y no es que nuestros vecinos de escuela sepan más que nosotros, es que saben distinto. Y ese saber distinto es lo único que nos puede llevar a conocer mejor el mundo. Se trata por lo tanto de abrir las ciencias sociales e instalar la transversalidad porque es un instrumento eficaz para la producción del conocimiento, y para la comprensión del mundo.

Mantener los espacios transversales que tenemos en la Facultad, y potenciar nuevos espacios para escucharnos y reconocernos, en este sentido no es una tarea formal, es un algo sustantivo para entender el mundo de un modo cada vez menos imperfecto y limitado. Y es que cada vez son más evidentes las limitaciones que encuentran hoy las formas de producir conocimiento de la sociedad y los sujetos, cuando se las practica desde compartimentos disciplinarios cerrados.



Cada vez que saludamos con respeto a nuestra disciplina vecina pero sin la voluntad de reconocernos en ella, estamos negándonos la posibilidad de comprender mejor el mundo, a la vez que asumiendo como dice Bourdieu “Que la división del trabajo científico es en realidad una división real de lo real”. Y cada vez que lo hacemos, y lo hacemos todos los días, fracasamos en nuestro objetivo fundamental de producir conocimiento sobre el mundo.

Dicho de otro modo no podemos seguir suponiendo que los objetos de estudio, los métodos de trabajo y las teorías que cada disciplina define como propias para explicar la realidad, son la realidad misma. De lo contrario estamos asumiendo que la sociedad y las personas están organizadas tal como está organizada esta Facultad.

Cotidianamente partimos nuestra labor asumiendo el supuesto de que cada disciplina posee un ámbito de la realidad que le pertenece: la psicología tiene su conciencia, o su inconsciente; la sociología sus relaciones sociales, sus instituciones, y su acción con sentido; la economía, sus relaciones de producción; la geografía sus formas de producción del espacio, la ciencia política sus sistemas de organización e institucionalización del poder, el trabajo social sus fenómenos sociales y prácticas de intervención sobre ellos, y así....

De manera que trabajar por la transversalidad del conocimiento, implica caminar a contramano no solo de nuestra formación y de nuestros supuestos, sino además de la manera en está organizado e institucionalizado nuestro trabajo.

En sentido contrario, si nos negamos a transitar por este camino, debiéramos asumir que existen límites bien definidos entre por ejemplo, la conciencia humana y las relaciones sociales; o entre las relaciones de producción y los problemas de organización del espacio, o entre los sistemas políticos y las prácticas culturales etc. Todas estas son distinciones no solo cuestionables en términos epistemológicos, sino además, relativamente nuevas en la historia del pensamiento social.



Pero la dificultad que enfrenta esta necesidad de abrir las ciencias sociales no termina ahí, esta tensionada por otra realidad: Y es que hoy el mercado de trabajo, nos pide especializarnos, y no solo eso sino además sospecha de cualquier forma de conocimiento transversal o de cualquier persona que tenga una mirada compleja o integradora de la realidad. Es decir se nos pide ser cada vez más *obreros* especializados en labores puntuales y cada vez menos *artesanos* capaces de entender y participar del proceso completo de producción del conocimiento.

Ante esta demanda de especialización que se nos impone desde adentro y desde afuera, considero necesario reivindicar una diferencia que no tiene tanto que ver con la *división del trabajo científico* como con la *distinción del trabajo científico*: la distinción entre buenos entre buenos/as investigadores/as y malos/as investigadores/as, y entre profesionales mediocres con capacidad para insertarse exitosamente en el mercado de trabajo, y profesionales de excelencia capaces de hacer eso, pero además de comprender la realidad en su mayor complejidad.

Para terminar, creo necesario marcar un punto sobre la forma en que en esta facultad ejercemos la democracia. Parto del supuesto de que el desafío de escucharnos para reconocernos tiene una dimensión fundamental en nuestra capacidad para disputarnos mutuamente nuestros espacio de poder.

Esto significa principalmente que nosotros como académicos tenemos que dejarnos interpelar por nuestros estudiantes, y que esa interpelación nos debiera llevar a reformular nuestras prácticas al interior de la sala de clases y fuera de ella también. Pienso que tenemos que ceder la palabra a nuestros estudiantes, pero no para que respondan nuestras preguntas, sino para que cuestionen los supuestos desde los que construimos nuestro saber. Tenemos que cederles la palabra para que el saber que hemos ido acumulando en el tiempo, se convierta en un conocimiento vivo. Nuestros estudiantes, son los únicos que pueden ayudarnos a resucitar nuestro saber acumulado. Colegas, tenemos que escuchar a nuestros estudiantes, pero no para darles respuestas sino para formularnos nuevas preguntas, para repensar nuestros contenidos y nuestro quehacer pedagógico. Ninguna capacitación docente puede enseñarnos a enseñar tanto como nuestros estudiantes.



Para que esto sea posible eso sí, necesitamos de estimados estudiantes, de su entusiasmo, pero sobre todo de su lucidez. Una lucidez que no van a encontrar en otra parte que en los libros que lean y en las discusiones que puedan tener con sus compañeros de Facultad.

Necesitamos de su lucidez para construir una Facultad democrática, porque la principal relación de poder que existe aquí, no es la que se da entre el decanato y los funcionarios, o entre los profesores y la vicerrectoría, o entre la junta directiva y los asambleístas, la relación de poder fundamental en esta facultad y en la universidad en general, es la que se da al interior de la sala de clases. Por eso es que creo necesario extender el aforismo feminista que reivindica una “democracia en la plaza y en la casa”, aquí también necesitamos una “democracia en la sala”.

Ahora, y con esto cierro, la democracia en la sala es necesaria pero no es un derecho humano, es un derecho que debe ser conquistado con la fuerza de las ideas bien formuladas, con los argumentos construidos sólidamente. Pero sobre todo es un derecho que debe surgir de la renuncia total y manifiesta por parte de los estudiantes a su posición de consumidores o de clientes. Adentro de la sala, para que haya democracia, el cliente no puede tener la razón. Al menos no por derecho propio.

Su derecho no está dado por pagar el arancel anual, aunque con ello se paguen nuestros sueldos. Su derecho va a estar dado por su capacidad para escucharnos, y para reconocerse ahora ustedes, en nosotros. Su derecho a participar en la producción del conocimiento y de nuestro quehacer como académicos, depende de que sean capaces de dialogar con nosotros, desde el respeto, la humildad, pero sobre todo desde la disposición a tomar distancia de lo que saben.

Para construir una verdadera “democracia en la sala”, tenemos que asumir humildemente nuestra posición de ignorantes frente al mundo. Esto supone, para terminar con Bachelard, que tenemos que ser capaces de construir una ciencia contra la ciencia, unas disciplinas contra las disciplinas y un conocimiento contra nosotros mismos, es decir, contra las respuestas que hemos ido acumulando, y que cada día que pasa se vuelven más obsoletas y distantes de la realidad.